

LOS ROBINSONES - II

LOS ROBINSONES DE JULIO VERNE¹
"EL TIO ROBINSON" y "LA ISLA MISTERIOSA" (1ª parte)

ADOLFO RUIZ DÍAZ

En el cuarto de siglo que siguió a su muerte (1905), la estimación de Julio Verne no ofrecía mayores dificultades. Se lo trataba con la ternura indulgente e imprecisa que acompaña a los libros que se han leído antes de los quince años. Había más un sentimiento dominante de Julio Verne que juicios inquiridos y perfilados acerca del autor y de sus incontables novelas. Su fama, por lo demás, se alimentaba, con justicia o no —esto es otra cuestión— de unos pocos títulos y quienes se ocupaban de estas obras notorias no solían tomarse el trabajo de releerlas. Julio Verne habitaba el recuerdo de miles de lectores que se sentían sus depositarios. Ponían en manos de sus hijos y de sus nietos *Cinco semanas en globo*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La isla misteriosa*, *Los hijos del capitán Grant*, *Un viaje al centro de la Tierra*, *De la Tierra a la Luna*.

¿Compartían los muchachos de entonces los fervores nostálgicos de las personas mayores? No es fácil decidirlo.

¹ Este trabajo constituye parte del estudio sobre el motivo de la isla cuyo primer capítulo fue anticipado en el número anterior. Cf. Adolfo Ruiz Díaz, "Los Robinsones", *Revista de Literaturas Modernas*, N° 9, 1970, p. 77 a 95.

Me complace mencionar los trabajos salidos del seminario dictado en 1968 y de directa vinculación con lo que ahora publico: MARÍA DEL CARMEN DE NADAI, *El motivo robinsoniano en "La isla misteriosa" de Julio Verne*; ELSA ROGGERONE, *Aprendices y maestros en las novelas robinsonianas*; MATILDE IRENE TEJEDOR, *Las perspectivas robinsonianas en tres novelas de Julio Verne*.

Para los nacidos en el siglo XX, los heroicos veintidós días del flemático Phileas Fogg ya no resultaban literalmente extraordinarios. La eficacia de las fabulaciones de Verne persistía, pero funcionaba en otro contexto. En el placer de estas nuevas generaciones se mezclaba, sin duda, el juego deliberado a medias de seguirles la corriente a los que envejecían. No hay duda, tampoco, que a estos muchachos les interesaban cada vez menos las experiencias leídas que la acción efectiva. Les atraía menos la minuciosa invención de un submarino escrito que manejar un automóvil o enterarse de las hazañas de los aviadores que se aprestaban a cruzar al Atlántico. Además, los temas hasta ayer vedados de la política o de las conmociones sociales empezaban a subirse a muchas cabezas para inquietud de los defensores del orden establecido. Visto superficialmente, todo parecería indicar que Verne quedaría pronto arrumbado. Y, en cierto modo, lo fue. Pero esto significa, como lo muestran los años que siguieron, que estos muchachos empezaban a vislumbrar en sus libros cualidades diferentes que las que habían seducido al siglo XIX. Lo que entraba en el pasado era la imagen heredada de Verne para dejar su lugar a otra que empezaba a constituirse. A diferencia de quienes habían hecho la fama de Verne, los lectores de las primeras décadas de nuestro siglo empezaban a leer las obras como verdaderos objetos imaginarios. Con las salvedades y precisiones que veremos, Julio Verne iniciaba su auténtica carrera literaria.

La trayectoria entera de Verne no se comprende si se deja en la oscuridad este hecho notorio. Sus contemporáneos y cuantos se atuvieron a las pautas pronto canónicas que erigieron, nunca lo tomaron como un escritor en el peso cabal del término. Su amable condición de autor servicial, a la vez que lo preservó de los vaivenes de la moda, lo dejó al margen, en las fronteras o en los arrabales de lo que los medios cultos valoraban como literatura. Más aún, este criterio apenas si empieza a corregirse. Un vistazo bibliográfico nos ahorrará mayores comentarios.

Los pocos críticos que se ocuparon de Verne, prescindiendo del trabajo de releerlo, salieron del paso con la redacción más o menos feliz de los vagos elogios que concitaba su nombre. Estas negligencias pro-

fesionales explican la desproporción notoria de la obra total de Verne y de los títulos que componen su fama. El Verne glorioso fue, sin perjuicio de proclamar su fecundidad estupenda, la reiteración distraída de unas cuantas novelas cuyo conocimiento se descontaba, pertenecientes —lo cual tampoco es casualidad— a su primer período. Que casi siempre suceda lo mismo con escritores de producción extensa y larga vida es una argumentación estadística tan irrefutable como anodina.

Casi todo lo escrito acerca de Verne hasta su revisión reciente está cifrado en el artículo, redactado hacia 1875, del Larousse del XIX. Verne todavía era noticia y el diccionario se preciaba de atender a lo nuevo con igual prolijidad que a lo venerable. Pero los diccionarios informan antes que valoran. Quizá lo entendió así el pontífice máximo del normalismo en la Tercera República, Gustave Lanson. Las acatadas mil doscientas páginas de la *Histoire de la littérature française* (1894) no le conceden a Verne, caballero de la Legión de Honor, laureado por la Academia y hasta candidato a ella, sino el silencio. La omisión persiste en la edición completada por Pierre Tuffrau². Más promisorio es el índice de *La littérature française contemporaine* de Marcel Braunsvig, en su décimoquinta edición —la primera es de 1926: nos encamina a la página 159. Lo curioso es, si se quiere, que el capítulo se ocupa de *La dernière génération de romanciers*. Allí, en efecto, a continuación de Pierre Benoit (nacido en 1886, el año de aparición de *Robur-le-Conquérant* y veintitrés años después de *Cinco semanas en globo*) y de remitir, para refrescar nociones acerca de la novela de aventuras a Alejandro Dumas padre, se nos proporciona una indicación levemente patriotería y, hecho el balance, sugestiva: "...Jules Verne (1828-1905), devancier de Wells, sous sa forme scientifique, et auquel avaient donné un regain de faveur au debut du XX^e les auteurs de romans policiers imités du Sherlock Holmes de Conan Doyle. Un deber de honestidad obliga a reconocer que el parentesco de Julio Verne con Arsène Lupin y sus congéneres, aunque un tanto traído de los pelos, no es descabellado.

² Hay traducción española: G. LANSÓN - P. TRUFFRAU, *Historia de la Literatura francesa*, traducción de Juan Petit, Barcelona, Labor, 1956.

J. Bédier y P. Hazard, al menos en la edición refundida y completada por Pierre Martino y publicada en ¡1949! se atienen a lo conrabido. La parte consagrada a la literatura bajo el Segundo Imperio —lo cual no deja de ser un encogimiento cronológico abusivo infligido a quien insistió en vivir y en escribir durante los treinta y cinco años que siguieron a la abdicación de Napoleón III— gratifica a Verne con cinco líneas y la mención de *dos* novelas bajo el subtítulo residual de *Quelques autres romanciers: ... Jules Verne (1828-1905), qui a composé, pour l'enchantement d'un public innombrable d'adolescents, près d'une centaine de beaux romans d'aventures (Cinq semaines en ballon, 1863; Vingt Mille Lieues sous les mers, 1870, etc.)*³. Los acompañantes de Verne en este islote conmemorativo son Henri Murger y, en premio a los patrióticos servicios prestados para mantener viva la sagrada comunión entre Francia y Alsacia, el dúo Erekmann-Chatrian. Ninguna sorpresa, pues, en que el refinado Albert Thibaudet, *le critique littéraire le plus important d'entre les deux guerres*⁴ en su *Histoire de la littérature française de 1879 à nos jours*⁵ no incluya a Verne entre los elegidos. H. Clouard, en fin, en su reciente *Petite Histoire de la Littérature Française* (1965)⁶, se pliega, con habilidad más cortés, al desdén explícito o tácito de sus distinguidos colegas. Aduce a Verne entre las pruebas de que el simbolismo y el naturalismo no conquistaron la totalidad del público francés y, de paso, para apuntalar la insignificancia de Elemir Bourges.

Sea como fuere, la lectura de Julio Verne mantenía una suerte de continuidad familiar y tranquilizadora en una época cada vez más áspera y más impredecible.. El destino fabrica en abundancia estas ironías: Julio Verne, el amable profeta didáctico, contribuía, con su más y su menos, a mantener vivo el pasado.

³ *Littérature Française. Publiée sous la direction de Joseph Bédier-Paul Hazard. Nouvelle édition refondue et augmentée sous la direction de Pierre Martino, Paris, Libraire Larousse, 1948-49, Tomo II, p. 353.*

⁴ *Ibidem*, p. 453.

⁵ Hay traducción española: ALBERT THIBAUDET, *Historia de la literatura francesa desde 1789 hasta nuestros días*, traducción del francés por Luis Echávarri, Buenos Aires, Losada, 1939.

⁶ Hay traducción española: HENRI CLOUARD, *Breve Historia de la literatura francesa*, traducción de Emilio Gascó Contell, Madrid, Guadarrama, 1969.

Esta opinión pública acerca de Julio Verne, válida todavía hasta los años treinta, respondía a un par de convicciones. Vale la pena enunciarlas sin gastar papel en largas explicaciones. La primera de ellas y la más patente está implícita en lo que vengo diciendo. Los méritos de Julio Verne eran mucho más serviciales que estrictamente literarios. Su nombre ilustre no pertenecía a la literatura tomada en serio. Era un escritor aconsejable para esa etapa en que lo que los hijos son empieza a dejar coincidir con la idea que de ellos se hacen los adultos. Julio Verne ayudaba a franquear el tránsito entre los libros para chicos y los libros para grandes y, entre otras ventajas para tal misión, no padecía de la insipidez solemne de las obras maestras al alcance de los niños.

La segunda convicción, si se la examinaba un poco, suscitaba algunas perplejidades. Julio Verne era el hombre que a fuerza de imaginación, pero con sólida base científica, había anticipado casi todas las invenciones que ahora, con aire de nuevo rico, empezaba a manejar el hombre medio. Claro está que no todo eran alegrías. Ahí estaban, por ejemplo, las estadísticas de la primera guerra mundial. Sí, sin duda, pero se seguía confiando en que el progreso acabaría con estos accidentes y que la técnica —como su madre la ciencia— era esencialmente benéfica. Todavía hacia los años veinte Julio Verne contribuía a mantener en quienes andaban por los cincuenta o sesenta los optimismos en que habían sido criados y que a pesar de los reparos que la realidad ofrecía en cantidad respetable y de las ideas estilo “Decadencia de Occidente” que rondaban por las cabezas informadas seguían alojados en el fondo histórico del alma que son las creencias.

Este modo de apreciar lo que fue Julio Verne, puede ser abundantemente documentado. Basten unas pocas indicaciones y una cita que resume el punto de vista de un hombre de ciencia que se pone en educador y padre. Me refiero, anticipemos, a Jean-Baptiste Charcot (1867-1936).

Veamos ahora el testimonio de Charcot y volvamos a llamar la atención sobre la fecha: 1926.

“Je n'ai pas eu l'honneur de connaître ou de rencontrer Jules Verne et je le regrette. Sans pouvoir affirmer que ses livres ont été la cause de l'orientation de ma vie, je puis dire que je les ai tous lus avec passion, et que je les relis encore.

La bibliothèque du *Pourquoi Pas?* les possède tous, et non seulement je les vois quelquefois entre les mains des membres de l'Etat-Major mais surtout ils sont très demandés par l'équipage.

J'ai toujours eu un culte pour l'oeuvre de Jules Verne, qui est saine et noble, et mes filles (je n'ai pas de fils) ont été élevées avec ces mêmes goûts et idées”⁷,

A partir de 1940 Julio Verne se nos muestra con una fisonomía no sólo muy diferente sino, lo que es de mayor interés, sobremanera controvertida y problemática⁸. En los últimos treinta años Julio Verne ha adquirido una vitalidad compleja y desconcertante. Más que un autor para muchachos y para grandes masas ha pasado, aunque no de manera exclusiva, a escritor para iniciados, y la crítica, desde variados ángulos, nos propone, a veces con audacia un tanto arbitraria, un cúmulo de conjeturas, de preguntas y de diagnósticos acerca del verdadero sentido de un autor que parecía ajeno a estas turbulencias.

Julio Verne sigue siendo para algunos críticos un precursor, pero ya no en el plano científico y técnico, sino en el estrictamente literario. Se lo coloca, junto con Wells, entre quienes más han influido en la ciencia-ficción prefigurando muchos de sus temas y procedimientos⁹.

⁷ En *Livres de France*, Mai-Juin 1955 - 6^e Année - n^o 5, p. 11. El número está consagrado a Julio Verne al cumplirse el cincuentenario de su muerte. Por su documentación es de imprescindible consulta y se lo citará en adelante como *Livres*.

⁸ Para una visión de conjunto de la nueva fisonomía de Julio Verne ver: *Verne: Un revolucionario subterráneo*, Buenos Aires, 1968, versión castellana de Noé Jitrik. Contiene estudios, documentos e ilustraciones. La preparación del volumen estuvo a cargo de Raymond Bellour y Jean-Jacques Brodier. Se lo cita en adelante como *Verne...*

⁹ Las relaciones de la obra de Verne con la ciencia-ficción son sobremanera discutidas. Dependen, por supuesto, de la definición de ciencia-ficción que se adopte, lo cual, a su vez, constituye uno de los problemas de este nuevo género literario que, no sobra añadirlo, sufre ya una crisis negativa por su industrialización en gran escala. Véase SPRAGUE DE CAMP, LYON, *Science Fiction Handbook*, New York, Hermitage House, 1953; MOORE, PATRICK, *Science and Fiction*, London, G. G. Harrup, 1957 (Hay versión castellana: *Ciencia y Ficción*, Madrid, Taurus, 1965, Ser y Tiempo); AMIS, KINSLEY, *New Maps of Hell*, New York, Harcourt, Brace &

Un género nuevo, que quiere ser reconocido en su calidad de tal y que se declara con frecuencia como la forma literaria que refleja cabalmente nuestro tiempo, modifica la perspectiva literaria y cuestiona las valoraciones hasta ayer aceptadas. Interesa poco (o nada) que Julio Verne haya inventado un submarino eléctrico o que se le haya ocurrido describirnos cuidadosamente el proceso de un viaje a la luna. Inclusive, hasta la verosimilitud científica y el esmero didáctico de Verne son ingredientes más bien negativos. Desde otro punto de vista, pero siempre según la óptica propuesta por la ciencia ficción, el optimismo esencial que nuestros abuelos creyeron compartir con Verne es matizado por una lectura menos ingenua de su obra. En particular, en sus últimos años, se insiste. Verne no se hacía demasiadas ilusiones sobre el progreso fundado en la ciencia. Esta podía volverse contra el hombre y aunque en apariencia triunfara el orden establecido la amenaza latente podía actuar a corto plazo. Un personaje como Robur traza claramente la figura del sabio maligno y omnipotente que pone sus poderes a la conquista despiadada del mundo ¹⁰.

No falta otro rasgo que la ciencia ficción, quizás la de mayor calidad, reivindica. Mediante ficciones asombrosas se procede nada menos que a una crítica social, económica, política y ética de nuestro mundo contemporáneo. Estos alcances alegóricos o revolucionarios de la cien-

World, 1960 (Hay traducción castellana: *El universo de la Ciencia Ficción*, trad. de Juan Antonio Méndez, Madrid, 1966); PAULO CAPANNA, *El sentido de la ciencia ficción*, Buenos Aires, 1966. Por su equilibrio, perspicacia e información, esta obra merece destacarse muy especialmente. Es un excelente punto de partida y personalmente comparto casi todos sus puntos de vista.

¹⁰ En principio, el pesimismo de Verne no rebasa las aprensiones corrientes en su tiempo. En su producción final, es particularmente interesante el relato *El eterno Adán*, que quedó inédito en vida del autor y no se publicó hasta 1910. Aquí aparece la idea del eterno retorno y ha sugerido una aproximación de Julio Verne y Nietzsche. Ver: MICHEL SERRES, *Geodésicas de la Tierra y el Cielo* (En: *Verne...*, p. 49 ss.) y MARCEL MORÉ, *Un revolucionario subterráneo* (En: op. cit., p. 11 ss.). Este último autor ve la misoginia de Nietzsche como operante en Verne. Esto resulta mucho más ingenioso que probable. En cuanto al sabio maligno, en este caso enloquecido por su afán de poder, aparece con claridad y como centro de la trama en una novela también tardía, *Maitre du Monde*, publicada en 1904, Robur, protagonista de una novela anterior —*Robur-le Conquérant*— sin estos caracteres temibles, es una versión pesimista de lo que pudo ser el destino del Capitán Nemo. Una comparación cuidadosa de ambos personajes podría ser un tema aclaratorio del héroe inventor en Verne.

cia-ficción también han sido rastreados en Verne¹¹. Y, en fin, no deja de subrayarse que su concepción última de la historia lo aproxima al Nietzsche de los ciclos y el eterno retorno.

A lo largo de nuestro estudio habrá ocasión de puntualizar en qué coincidimos y en qué diferimos respecto de estas interpretaciones. Sin abrir juicio acerca de ellas queda en pie una conclusión tan evidente como problemática. El hecho de que Julio Verne haya adquirido nuevas facciones es por sí mismo elocuente. Lo que en el fondo hoy con Julio Verne se nos plantea es una concepción de la literatura profundamente modificada. Las distinciones entre una literatura popular y una literatura declaradamente "artística" o minoritaria nos parecen cosas del pasado. Lo mismo cabe decir acerca de una literatura para mayores y otra para muchachos¹². Las separaciones han de ser trazadas conforme con nuevos criterios. Lo que sí me parece metodológicamente objetable es extraer a Julio Verne de su contexto histórico que, en general, no suele ser bien estudiado por quienes exploran un Julio Verne hasta ahora inédito. Y, también, que es muy peligroso emitir afirmaciones totalizadoras extrayendo, sin suficiente advertencia, aspectos que en el conjunto orgánico de su obra no siempre admiten las interpretaciones de la crítica de estos últimos tiempos. Tampoco es el mejor camino para una imagen cabal de Verne su inclusión en los marcos de la ciencia-ficción, sea para admitirlo como un precursor, sea para dejarlo al margen. En resumen que todavía está por escribir un Julio Verne desde Julio Verne. Ojalá que las páginas que siguen aporten algo a esta tarea aconsejable y divertida.

1871. La circunstancia es penosa para Francia y Julio Verne se ha visto envuelto en los acontecimientos que se simplifican bajo el rótulo de la Comuna¹³. Julio Verne ha saboreado repetidamente el éxito.

¹¹ Ver MARCEL MORÉ, op. cit.

¹² Ver, entre un amplísima bibliografía posible, MICHEL BUTOR, *Lecturas de infancia* (En: *Verne...*, p. 31 ss.).

¹³ Para la biografía de Julio Verne puede consultarse la de su sobrina nieta Marguerite Allotte de la Fuÿe, minuciosa, pero un tanto difusa y perjudicada por un tono reverencial explicable por el parentesco y por la fecha de publicación, 1928. Hay reediciones: 1953 y 1966. Se puede ver también MARCEL MORÉ, *Le très*

Desde *Cinco semanas en globo* (1863) ha cumplido escrupulosamente sus contratos con el sello editorial que lo acompañará toda su vida. Basten los títulos: *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865), *Aventuras del Capitán Hatteras* (1866), *Los hijos del Capitán Grant* (1867), *Geografía ilustrada de Francia y de sus colonias* (1868), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869), *Alrededor de la Luna* (1870). Son, repitamos, los libros que cimentaron su fama y que dibujaron la imagen canónica de Julio Verne. Es entonces cuando envía a Hetzel el principio de una novela titulada *L'oncle Robinson*, esbozo que nunca llegó a la imprenta en esta versión primitiva¹⁴.

Se trata de un escrito indudablemente anterior a la serie de los *Viajes extraordinarios*. Acotemos que la cronología de la obra de Julio Verne no deja de ofrecer dificultades. Al parecer, la redacción de algunas de sus novelas es bastante anterior a la fecha de publicación y, aunque sea como hipótesis, no hay que descartar que Julio Verne escribiera varias novelas a la vez en diferente estado de maduración¹⁵. Para ceñirnos a *El tío Robinson*, el editor sólo recibió un borrador escrito hacia 1861, más bien torpe, pero que muestra el interés temprano de Verne por el motivo de la isla y el naufragio y nos permite asistir al proceso de uno de sus aciertos capitales. *El tío Robinson* informa muy bien acerca de la importancia que tuvieron para el escritor los consejos de Hetzel, un editor perspicaz capaz de indicar con insólita precisión no sólo las fallas de un manuscrito sino las mejoras posibles.

curieux Jules Verne, Paris, Gallimard, 1960 y *Les nouvelles explorations de Jules Verne* (no he podido consultar este último, editado por Gallimard), citados por el autor en *Verne...*, p. 22. Un resumen manejable de Marguerite Allotte de la Fuÿe en PATRICK MOORE, *El genio de Verne* (En su: *Ciencia y ficción*, edición española ya citada, Cap. 3, p. 53 ss.).

¹⁴ Me he basado en el breve y substancioso artículo de JEAN H. GUERMONPREZ, *Une oeuvre inconnue de Jules Verne* (En: *Livres...*, p. 9 ss.). Además de algunos pasajes de *El tío Robinson* con las anotaciones de Hetzel aparece aquí un facsimil de la primera página del manuscrito. Para la correspondencia de su editor con Julio Verne es de consulta ineludible ANDRÉ PARMÉNIE et C. BONNIER DE LA CHAPELLE: *Histoire d'un éditeur et de ses auteurs. P. J. Hetzel*. Paris, Albin Michel, 1953, que nos ofrece en escorzo un panorama no siempre bien estudiado de la literatura en francés de su tiempo.

¹⁵ Para la cronología de las ediciones originales de Verne ver *Livres...*, p. 12.

La fuente de *El tío Robinson* es *El Robinson suizo* de Wyss. Mal comienzo. Por estas fechas ya no podía interesar esta clase de robinsonadas apegadas a un didactismo elemental, arrumbadas por el tiempo y bajo el peso de una cantidad más que suficiente de imitaciones. El esquema del naufragio puede contarse en pocas palabras. A consecuencia de un motín de marineros, Mrs. Clifton y sus hijos —Marc, Robert, Jack y Belle— son arrojados a una isla desierta del Pacífico Norte. El jefe de la familia, el ingeniero Harry Clifton, ha desaparecido durante el motín. A estos náufragos se agrega un marinero francés, apodado Flip, que ha querido compartir las penurias de la señora y sus hijos: es el tío Robinson que el título destaca. Sus iniciativas, sin embargo, son indignas del epónimo ilustre. Como era demasiado previsible, el ingeniero Clifton reaparece, lo mismo que su perro Fido. La situación mejora. El ingeniero enciende fuego, fabrica pólvora. Bautizada con el nombre de Flip-Island, la isla es explorada con método. La fauna y la flora prefiguran las de *La isla misteriosa*, al igual que su topografía, incluido el volcán¹⁶. Hay otros acontecimientos que reaparecerán en esta última novela, por entonces futura: la captura de un orangután joven que recibe el nombre de Jup y, lo más sugestivo, el manuscrito acaba con la rotura de un diente de Flip por culpa de un inesperado grano de plomo. Un episodio inolvidable —e incongruente— de *La isla misteriosa*.

Hetzel recorrió el manuscrito con implacable y prolija desaprobación. Los márgenes se llenan de observaciones demoleadoras. *Où est la science? . . . Ils sont trop bêtes! . . . 82 pages de texte et pas une invention que le dernier crétin n'eût trouvée! . . . Lâcher tous ces types et recommencer avec des nouveaux, tout a fait . . .*¹⁷.

Verne aceptó las censuras de Hetzel. Comprendió que su Robinson padecía de chatura y anacronismo. Había que ponerlo a la altura de sus *Viajes extraordinarios*, había que armonizarlo con la imaginación científica que los libros anteriores habían hecho inseparable de su nombre. La solución que llevó adelante rebasa estos problemas y, con un

¹⁶ Sobre la predilección de Verne por los volcanes ver MICHEL SERRES, op. cit., p. 49.

¹⁷ *Livres . . .*, p. 10.

recurso balzaciano, enriquece el motivo de la isla con una trama múltiple. *La isla misteriosa* obtiene su tensión mitológica gracias a la convocación de personajes ya conocidos en *Los hijos del Capitán Grant* y, sobre todo, porque el Capitán Nemo, cuya figura desbordaba los límites del desastroso final de *Veinte mil leguas de viaje submarino* cobrará una estatura numinosa y proyecciones simbólicas que trascienden la ciencia amena de la colección alentada por Hetzel¹⁸.

Los tres volúmenes de la edición original de *La isla misteriosa* aparecen en 1874. Nótese la extensión desusada del lapso en el ritmo de trabajo usual en Julio Verne, aun teniendo en cuenta que, entretanto, Hetzel ha sido provisto con regularidad perfecta: *Una ciudad flotante* seguida por *Los forzadores del bloqueo* (1871); *Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el Africa Austral* (1872); *El país de las pieles* y *La vuelta al mundo en 80 días* (1873). 1874 es un año copioso: además de *La isla misteriosa*, un volumen con cuatro cuentos, *El doctor Ox*, *Maese Zacarías*, *Una invernada en los hielos*, *Un drama en los aires*.

Puede observarse, en apoyo de la dedicación a *La isla misteriosa*, que las obras mencionadas son de las que caen en el tono menor de la inventiva de Verne. Son o decididamente geográficas o pertenecen a una etapa anterior, más decididamente fantástica o de invención suelta. Cabría una parcial excepción con *La vuelta al mundo en ochenta días* que, se cuenta, le fue sugerida a Verne por el anuncio de una compañía de viajes. Cabe, pues, inferir que Verne dedicó lo mejor de sus horas a *La isla misteriosa* que, por propio testimonio, lo impulsó a estudios hasta entonces poco visitados.

Verne piensa que hay aciertos rescatables en *El tío Robinson*. Asistimos a una metamorfosis que nos lleva a *La isla misteriosa*. Verne piensa que el mejor acierto está en que el jefe del grupo sea un ingeniero. La familia desaparece; pero el señor Clifton se reencarna, corregido y aumentado, en el gran Ciro Smith. Un ingeniero de esta talla abre grandes perspectivas. Nada de pervivir en una isla me-

¹⁸ Sobre el Capitán Nemo y su parentesco con el superhombre nietzschiano, M. MORÉ, *Un revolucionario subterráneo* (En: *Verne...*, p. 23 ss.). Además de lo que sigue en el presente trabajo que se atiene, más cautelosamente, a las intenciones explícitas de Verne que a ciertas profundidades de los críticos últimos.

dian­te poco más que la mera colecta o aprovechamiento primario de sus recursos. Los náufragos procederán en señores, en hombres del siglo XIX. El signo de *La isla misteriosa* es la explotación técnica: no el sometimiento a la naturaleza, sino el dominio de ella de acuerdo con los instrumentos que la ciencia y la técnica ponen a disposición del hombre que sabe y —por eso— puede. Frente a las maravillas logradas por los habitantes de *La isla misteriosa*, Robinson Crusoe y la familia suiza hacen una triste figura: el cotejo revela la magnitud de un cambio histórico, una mutación radical en el modo de concebir la vida. Es el impulso colonizador en todo su esplendor y puesto en marcha por los seres más enérgicos, más hábiles, más audaces del mundo: los americanos del Norte. Son los representantes cabales de una estirpe que no se arredra ante los proyectos más gigantescos. Pocos años antes han enviado un proyectil tripulado a la luna. Ahora tienen la oportunidad de probar que en pocas semanas puede pasarse del estado de pobres náufragos al de conquistadores civilizados.

En su transformación de personajes, Julio Verne suprime el elemento femenino. Quede para otra ocasión más oportuna la inquisición de motivos profundos en el papel de las mujeres en la obra total de Verne¹⁹. Clifton se despliega en Ciro Smith; Flip toma cuerpo en Pencroff, un bravo marino deslumbrado por el saber del ingeniero. Pencroff pertenece a la curtida raza del ballenero Ned Land, el arponero de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Robert pasa a Harbert, el muchacho que es como un hijo para Pencroff. Y dos actores nuevos: el periodista Gedeon Spilett y el negro Nab —abreviatura cariñosa de Nabucodonosor—.

¹⁹ Explicito lo dicho anteriormente. No creo que pueda hablarse de una misoginia en la obra de Verne, sean cuales fueren las aprensiones, desencantos o complejos que haya podido tener Verne en su vida a consecuencia de su trato con el otro sexo. En su obra no faltan las mujeres simpáticas y valientes. Por ejemplo, la intrépida Paulina Barnett de *El país de las pieles* o Lady Glenarvan de *Los hijos del Capitán Grant* que arrostra las penurias de la larga búsqueda de los náufragos en la isla Tabor, etc. El escaso papel de las mujeres en la obra de Verne se debe, mucho más simplemente, a la índole de ésta. Se debe, en suma, más a la condición de la mujer en tiempos de Verne que a prejuicios, antipatías o motivaciones profundas en el novelista. Que *el interés sexual de su obra es escaso* no pasa de ser una observación tan irrefutable como irrelevante de Kingsley Amis (*El universo de la Ciencia Ficción*, p. 32).

Gedeón Spilett representará, con honor, las letras. No es, por supuesto, un escritor de gabinete, sino un verdadero hombre de acción, tan hecho a los campos de batalla como a la cacería de tigres.

“Hombre de grandes méritos, enérgico, rápido y decidido, lleno de ideas, viajero infatigable, soldado y artista, vehemente en el consejo, resuelto en la acción, despreciando las penalidades, las fatigas y los peligros, cuando se trataba de conocer, primero para él y luego para su periódico, algún secreto; verdadero héroe de la curiosidad, de la información, de lo inédito, de lo desconocido y de lo imposible, era uno de aquellos intrépidos observadores que escriben bajo las balas y para quienes todos los peligros no entrañan sino buenos augurios”²⁰.

El quinteto se complementa a las mil maravillas. Ciro Smith es la ciencia práctica en su acepción más vasta. La física, la química, la mecánica, no tienen para él secretos. Es capaz de fabricar algodón pólvora extrayendo por su cuenta los ingredientes y no ignora las construcciones náuticas. Es un Próspero en su versión siglo pasado.

“Originario de Massachusetts, Smith era un ingeniero y un sabio de primer orden, a quien el gobierno de la Unión había confiado durante la guerra la dirección de las vías férreas, cuyo papel estratégico resultó tan considerable. Verdadero americano del norte, delgado, huesudo, cenceño, de unos cuarenta y cinco años, en su corta cabellera y en su barba abundaban ya las canas. Poseía una de aquellas hermosas cabezas ‘numismáticas’, que parecen haber nacido para ser esculpidas, ojos ardientes, boca enérgica, y fisonomía de sabio de la escuela militante. Era uno de aquellos ingenieros que se iniciaron manejando el martillo y el pico, a imitación de los generales que quisieron dar comienzo a su carrera como simples soldados. De ahí que el ingenio de su espíritu corriera pareja con la habilidad de su mano. Sus músculos presentaban evidentes síntomas de energía. Verdadero hombre de acción al mismo tiempo que de pensamiento, obraba sin esfuerzo, bajo la influencia de una profunda expansión vital. Poseía esa tenaz persistencia que no retrocede ante obstáculo alguno. Muy instruido, muy práctico, muy astuto, resultaba un soberbio temperamento, porque a la vez que se mantenía dueño de sí en todas las circunstancias, calcu-

²⁰ JULIO VERNE: *La isla misteriosa*, traducción de Ramón Amado Vocos, Sopena, 1953. Tomo I, p. 12.

laba en grado sumo las tres condiciones que determinan la energía humana: actividad de espíritu y de cuerpo, impetuosidad desiderativa y fuerza de voluntad. Su divisa hubiera podido ser la de Guillermo de Orange en el siglo XVII: 'No necesito esperar para emprender, ni obtener éxito para perseverar'²¹.

Spilett, por su parte, para escribir de todo, ha estudiado todo. Quizás sea lícito señalar en este periodista una proyección idealizada del propio Julio Verne. Un escritor que, cuando la isla lo necesita, se revela, por ejemplo, como un médico nada desdeñable y que maneja con fulminante destreza la carabina. Harbert, pese a su juventud, es muy versado en ciencias naturales. La botánica y la zoología son campos que para su lucimiento la isla no le regatea. El vigoroso Nab es un cocinero distinguido. La economía doméstica está en sus manos. Si Harbert corresponde, intensificado, al Ernesto de *El Robinson suizo*, Nab reúne las virtudes de Viernes con las de la señora Stark.

El grupo de trabajo iniciado por Wyss bajo las modestas exigencias de la economía familiar adquiere en Verne la amplia escala de la economía industrial. El diestro Pencroff, abnegado, comilón y fumador es la clase obrera. Pero en las islas misteriosas no hay reivindicaciones de salarios, no hay luchas de clases. La utopía de un mundo bien avenido en la colaboración laboriosa no es ajena a las intenciones de Verne. El trabajo preside la vida de todos y de cada uno. Cada cual en lo suyo. No hay rentistas, no hay capitalistas. Reconocemos la precedencia de otras utopías. Para los muchachos burgueses, los lectores a quienes iba dedicada la novela, se trataba de buenos ejemplos. Pero sería tan erróneo limitar los alcances de la organización de la isla a su ejemplaridad inmediata y casera, como ver en ella la imagen de una concepción socialmente revolucionaria. Cada personaje tiene asignada su tarea de acuerdo con sus méritos, pero no hay mayor posibilidad de progreso de abajo arriba. Nab desempeña tareas serviles, y aunque se lo instruye habrá de mantenerse en ellas y para ellas. Lo mismo cabe decir de Pencroff. Claro está que Verne debía atenerse a las reglas de la novela: hubiera sido incon-

²¹ Ibidem, tomo I, p. 11-12.

gruente que en poco tiempo se produjeran reformas de la magnitud social que ya se venían reclamando en Europa y con el apoyo de ideologías claramente formuladas. Además, no se olvide, los habitantes de *La isla misteriosa* carecen de porvenir biológico. La ausencia de mujeres adquiere así un valor muy significativo y suprime de hecho la posibilidad de cambios históricos.

Como hace notar Jean H. Guermónprez, Verne *transfiere la isla del Pacífico Norte al hemisferio Austral, pero, al utilizar trozos de 'El tío Robinson', desplaza toda una flora y toda una fauna desconocida en tales latitudes*²². Como en *El Robinson suizo*, aunque en proporción mucho menor, la exactitud geográfica ha sido menoscabada en favor de la variedad botánica y zoológica. Wyss buscaba ejemplos instructivos en abundancia y casi su único recurso animador del relato consiste en introducir nuevas plantas, nuevos animales. En Verne, esta acumulación ya no es justificable. El sesgo que toma la vida de sus colonos tiene otra mira: lo decisivo está en la explotación racional de los recursos minerales. En este aspecto, Wyss se limita a proveer a los suyos de sal en abundancia. Primero, con el hallazgo de pequeños depósitos marinos. Después con el descubrimiento de una espléndida gruta que, a la vez que soluciona el problema de alojamiento, provee a la familia de tanta sal como para instalar un saladero. Verne debió haberse conformado con facilitar a Ciro Smith el carbón, el azufre y el hierro indispensables para sus empresas metalúrgicas. No valía la pena alterar la geografía. Cuando se inventan colonos capaces de instalar un telégrafo y que cuentan, además, con una oculta protección del Capitán Nemo, resulta curiosamente superfluo sacar a escena animales y vegetales no admitidos por la situación de la isla. En resumen, que la primera redacción de *El tío Robinson*, basada en el libro de Wyss y la tendencia, a medias consciente, de recuperar para sus héroes una suerte de paraíso terrenal perdura a pesar de la decidida modulación técnica que preside *La isla misteriosa*²³.

²² JEAN H. GUERMONPREZ, op. cit., en *Livres...*

²³ Cf. *Livres...*, p. 10. La voluntad de apartarse de la isla feliz y recalcar la penuria de los naufragos ya había sido recogida, antes que en *La isla misteriosa*, en *Aventuras del Capitán Hatteras* (1866). Esta novela incluye indudables elementos

En Julio Verne, el proceso de información y la invención novelesca han sido, muy probablemente, correlativos. Al ocurrírsele una trama, Verne busca la información adecuada y no escatima lecturas y consultas. Pero esta materia acumulada, a su vez, debe de haber sido estímulo para nuevas invenciones.

Entre 1863 y 1872 la base de los conocimientos de Verne es geográfica. El modelo de *Cinco semanas en globo*, el *Viaje extraordinario*, es retomado, en condiciones menos sorprendentes, en *Los hijos del Capitán Grant*, *Aventuras de tres rusos y de tres ingleses en el Africa Austral*, *El país de las pieles*, y en *La vuelta al mundo en ochenta días*. La geografía y sus disciplinas auxiliares, las guías de viajes y los prospectos turísticos por entonces en gran boga, componen el cuerpo bibliográfico más consultado por Verne, hombre que frecuenta los mapas y que desde niño los anima con una imaginación pronta. En rigor, una nueva fase informativa ya se ha iniciado con los conocimientos de geología, mineralogía y paleontología de *Un viaje al centro de la Tierra*. Con *De la Tierra a la Luna* se agregan los problemas de fabricación del cañón, la discusión de los explosivos apropiados, las cuestiones de balística y de astronomía. La química, la mecánica, la cosmografía pasan en consecuencia a primer plano. Así

robinsonianos y debe tomarse, en este aspecto, como un nexo entre *El tío Robinson* y *La isla misteriosa*. El pasaje de *Aventuras del Capitán Hatteras* ahorra comentarios: *Y sin embargo, ¡cuán diferente era su situación de la de los náufragos arrojados sobre las islas del Océano Pacífico, de la de esos Robinsones cuya agradable historia hace que brote la envidia en los corazones de los que la leen! En las islas en cuestión, los náufragos encuentran en su suelo pródigo, en su naturaleza opulenta, mil recursos variados; les basta un poquito de imaginación, de trabajo para crearse el bienestar material en tan hermosos países. La Naturaleza se adelanta a los deseos del hombre; la caza y la pesca se encargan de cubrir todas sus necesidades, los árboles les brindan sus frutas, las cavernas se abren para ofrecerles albergue, corren los ríos para apagar su sed, abundan los bosques para defenderles con sus sombras de los rayos del sol, y jamás se permitió el frío amenazar la apacibilidad de sus templados inviernos. Una semilla cualquiera, arrojada al descuido en aquella tierra fecunda, germina y crece en el acto, y a los tres meses a lo sumo, da una cosecha abundante. En una palabra: allí se disfruta de una felicidad completa fuera de la sociedad. A mayor abundamiento, aquellas islas encantadas, aquellas tierras benditas, están situadas en la ruta de las líneas de navegación, y el náufrago, seguro de ser recogido un día, aguarda tranquilo a que le arranquen de su feliz existencia (*Aventuras del Capitán Hatteras*, Sopena, Barcelona, 1957. No menciona el traductor).*

como la dirección de los globos es un asunto que no dejó de apasionarle durante gran parte de su vida, lo mismo ocurre con la otra inquietud, tan de su época, la navegación submarina. La todavía incipiente electricidad le proporciona el medio: el *Nautilus* es un submarino eléctrico descrito con fruición y que obtiene del mar sus fuentes de energía. En cambio, la fauna y la flora submarina le merecen páginas mucho menos cuidadas. Verne no pasa, casi siempre, de introducir pasajes de fácil adquisición y que a menudo podrían desprenderse del contexto novelesco. En conclusión, que los conocimientos de Verne al emprender *La isla misteriosa* son ya variados y apreciables, y aprovechados por su producción anterior. ¿Bastaba este saber para inventar sus novísimos Robinsones? No, a juicio del novelista. Tal es la opinión que comunica a Hetzel desde Amiens apenas concluida *La vuelta al mundo en ochenta días*:

“...Je suis tout entier au Robinson ou pour mieux dire à l'île mystérieuse. Jusqu'ici cela va comme sur des roulettes; moi aussi je passe mon temps avec des professeurs de chimie et dans des fabriques de produits chimiques, où j'attrape sur mes habits des taches que je porterai à votre compte. Car *L'île mystérieuse* sera un roman chimique. Je ménage avec le plus grand soin l'intérêt dû à la présence ignorée du capitaine Némó dans l'île, de manière à avoir un crescendo réussi, comme des caresses à une jolie femme que l'on veut conduire où vous savez.

Voilà donc mon état de situation au 2 février, et je vous le fais connaître à ce que vous n'en ignoriez comme disent les huissiers...”²⁴.

¿Una novela química? No sólo eso, afortunadamente. A pesar de que los desarrollos explicativos por momentos denotan un leve afán de lucir conocimientos de adquisición reciente, *La isla misteriosa* es una de las novelas mejor construidas de Julio Verne. Exhibe los recursos de una buena novela de misterio y cuando se llega a las luchas con los piratas, el barco que salta por los aires y los cadáveres fulminados en la playa, Julio Verne logra pasajes en que se cumple su anhelo de ser, sin más, un escritor que brille por su estilo.

²⁴ A. PARMÉNIE et C. BONNIER DE LA CHAPELLE, op. cit., p. 579.

Ya en *El tío Robinson*, Verne se propone que sus náufragos deban todo o casi todo a su ingenio. Quiere apartarse de la tradición tanto en la omisión del barco bien provisto como en lo que toca a la isla. Ésta no debe ser un lugar privilegiado que salga con sus dones al paso de los náufragos²⁵. Tales propósitos no son cumplidos sino a medias en *La isla misteriosa*. Nos hemos referido poco antes a la incongruencia de la fauna y de la flora de la isla con su declarada situación geográfica. En cuanto al papel del barco proveedor es, con lo que observaremos más adelante, desempeñado por el Capitán Nemo. De todos modos, a los fines de la perspectiva adoptada por Verne en la elaboración del motivo es interesantísimo observar que los personajes de *El tío Robinson* actúan en consciente parangón con los Robinsones anteriores:

“—Nous serons les Robinsons du Pacifique! dit Marc.

—Oui, monsieur, répondit Flip.

—Bon! dit Jack, et moi qui avais toujours rêvé de vivre dans sonîle avec la famille du Robinson Suisse!

—Eh bien, monsieur Jack, vous êtes servit à souhait!

A souhait! Flip, parlant ainsi, oubliait que dans ce récit imaginaire, l'auteur a tout mis, industrie et nature au service de ses naufragés. Il leur a choisi une île toute particulière, sous un climat où les rigueurs de l'hiver ne sont point à craindre. Chaque jour, ils trouvent, à peu près sans chercher, l'animal ou le végétal dont ils ont besoin. Ils possèdent des armes, des outils, de la poudre, des vêtements; ils ont une vache, des brebis, un âne, un porc, des poules; leur vaisseau échoué leur fournit en abondance le bois, le fer, les graines de toute espèce. Non! la situation n'était pas et ne pouvait pas être la même! les naufragés suisses sont des millionnaires! Ceux-ci sont des malheureux, réduits au plus complet dénuement, qui ont tout à créer autour d'eux..."²⁶.

Estas condiciones precarias reaparecen, bien recalculadas, en *La isla misteriosa*. No hay, por lo tanto, naufragio. Los cinco viajeros y el perro Top han huido de Richmond, donde estaban prisioneros de los

²⁵ Cf. supra, nota 23.

²⁶ *Livres...*, p. 10. Cf. supra, nota 23.

sudistas, en un globo. Arrastrados por la tormenta, deben arrojar al mar cuanto llevan. Con el globo casi desinflado, Ciro Smith y el perro caen al agua y desaparecen cuando se divisa la isla. De paso, otra persistencia de *El tío Robinson*. La pérdida de peso permite al globo elevarse y alcanzar la tierra en pocos segundos.

El rasgo constante del inventario es cumplido y comentado por Verne. Para el interés inicial de la novela le conviene destacar las diferencias con otros Robinsones más pertrechados. Un modo de mantenerse, negativamente, en la tradición y beneficiarse de ella por contraste.

“El inventario de los objetos poseídos por estos náufragos del aire, arrojados sobre una costa al parecer inhabitada, quedará prestamente establecido.

Nada poseían fuera de las ropas que llevaban en el momento de producirse la catástrofe. Es preciso mencionar, sin embargo, un carnet y un reloj de bolsillo que Gedeón Spilett había conservado inadvertidamente quizá; fuera de ello no poseían ni un arma, ni una herramienta, ni siquiera un cuchillo de bolsillo, dado que todo lo habían arrojado al espacio con el fin de aligerar el aeróstato.

Los héroes imaginarios de Daniel de Foé o de Wyss, así como los Selkirk y los Raynal, naufragados en Juan Fernández o en el archipiélago de las islas Auckland, no se vieron jamás en medio de tanta escasez. O extraían recursos abundantes de su navío encallado, ya fueran granos, animales, herramientas o municiones, o bien algún resto llegaba a la costa y les permitía hacer frente a las necesidades primordiales de la existencia. Pero aquí, ni un instrumento, ni un utensilio, nada absolutamente”²¹.

La intención es clarísima. Colocar a los náufragos en completa carencia de medios y en una circunstancia exterior purificada de facilidades gratuitas. Verne, como dijimos, no permanece fiel a este proyecto. Prefiere transmutar los ingredientes tradicionales. En vez de una isla ubérrima y de un aprovisionamiento salvado de la catástrofe, coloca un oculto bienhechor: el Capitán Nemo. En el juego del motivo, éste desempeña un doble papel. Con su presencia, la isla adquiere facilidades aún mayores que las de Wyss. Los instrumentos de

²¹ JULIO VERNE, *La isla misteriosa*, tomo I, p. 41.

que dispondrán Ciro Smith y sus compañeros se acrecentarán sin pausa. Este artificio, sin embargo, ha sido manejado con astucia. Antes de que el Capitán Nemo ejerza su generosidad con la caja repleta que flota en las aguas, Ciro Smith ha dado muestras superlativas de su talento inventivo y, junto con los suyos, de su laboriosidad diestra y sin desmayos. Ha encendido fuego con una lente agenciada con vidrios de reloj, ha fabricado arcos y flechas, ha construido un horno de alfarería y de ladrillos, ha calculado con una aproximación muy satisfactoria la situación geográfica de la isla. Ha llegado a extraer hierro y producir acero y obtiene ácido sulfúrico y ácido nítrico. La colonia dispone de glicerina y de jabón, de explosivos y hasta de vidrio. El regalo del Capitán Nemo no llega hasta el capítulo II de la segunda parte. Se trata más de un premio al ingenio, al coraje y la constancia que un don para satisfacer necesidades. Es más un elemento en la progresión del misterio de la isla que una reiteración del motivo. Este ha proporcionado el estímulo. Verne traspone las convenciones o constantes robinsonianas a la trama novedosa que ha inventado. La caja providencial desempeña una función más intrigadora que útil, los náufragos pasan ahora a millonarios, pero ya eran ricos. El contenido de la caja los coloca en plena vida civilizada, en especial en lo que se refiere a libros y ropas y a un completo equipo fotográfico. Las armas de fuego, en fin, representarán un ayuda para repeler el ataque de los piratas. La trama se desarrolla con exigencias propias, asimilando a ellas el motivo robinsoniano y proyectándolo hacia otras situaciones. El sentido que Verne ha querido dar a la caja opulenta aparece al final del capítulo.

“Aquel día (29 de octubre) era precisamente domingo, y antes de acostarse, Harbert preguntó al ingeniero si no quería leerles algún pasaje del Evangelio.

—Con mucho gusto — respondió Ciro Smith.

Tomó el libro sagrado, y ya iba a abrirlo, cuando Pencroff lo detuvo diciéndole:

—Señor Ciro, yo soy supersticioso. Abra el libro al acaso, y lea el primer versículo que caiga bajo su mirada. Veremos si se aplica a nuestra situación.

Ciro Smith sonrió ante la reflexión del marino, pero satisfizo sus deseos y abrió el Evangelio precisamente en el lugar en que una señal separaba las páginas. De repente sus miradas se detuvieron sobre una cruz roja, trazada con lápiz y colocada delante del versículo 8, capítulo III del Evangelio de San Mateo.

Y leyó aquel versículo así concebido:

‘Quien pide, recibe, quien busca encuentra’²⁸.

Con el rescate de Ayrton, *La isla misteriosa* se trueca en una agitada novela de aventuras. Aunque el motivo robinsoniano sigue operante, ahora cumple más bien la función de ingrediente que de forma configuradora. Ayrton es encontrado en condiciones deplorables. Ha retrocedido casi a una fiera. No es nada improbable que Verne se haya inspirado en los testimonios del capitán Woods Rogers en su *Crucero alrededor del Mundo* (1712) acerca del hallazgo de Alejandro Selkirk en la isla de Juan Fernández. Sea como fuere, Ayrton ha purgado sus crímenes con los padecimientos de su miseria solitaria. Es obvio el contraste entre este marinero enérgico, pero ignorante, y los colonos de la isla Lincoln. Verne parece indicar de soslayo su opinión acerca de Robinson Crusoe. La narración de Defoe sólo excepcionalmente puede reflejar una realidad. Un individuo confiado a sus fuerzas, a pesar de contar con algunos elementos de instalación, está casi irremisiblemente condenado a retroceder al estupor primitivo.

“¡Pero, si no es un mono! — respondió Harbert.

Al oír esas palabras, Peneroff y Gedeón Spilett miraron al singular ser que yacía en tierra.

En verdad no era un mono: era un ser humano, un hombre. Pero, ¡qué hombre! ¡un salvaje, en toda la horrible acepción de la palabra, y tanto más espantoso, cuanto que parecía haber caído en el último grado del embrutecimiento!

Cabellera erizada, barba inculta que caía hasta el pecho, cuerpo casi desnudo, salvo un andrajo sobre sus riñones, ojos feroces, manos enormes, uñas desmesuradamente largas, piel oscura como la caoba, pies endurecidos cual si estuvieran hechos de cuerno: tal era la miserable criatura humana a quien, sin embargo, no podía negársele la

²⁸ Ibidem, tomo I, p. 192.

condición de hombre. Pero, en verdad, se tenía el derecho de preguntarse si en aquel cuerpo permanecía todavía una alma o si sólo el vulgar instinto del bruto sobrevivía en él.

—¿Está usted seguro de que es un hombre o que lo ha sido? — preguntó Penceroff al reportero.

—¡Desgraciadamente no puede dudarse! — respondió éste.

—¿Será, pues, el náufrago? — dijo Harbert.

—Sí, —respondió Gedeón Spilett— pero el infortunado no tiene nada de humano.

El reportero no se equivocaba. Era evidente que si el náufrago había sido un ser civilizado, el aislamiento lo había transformado en un salvaje, y peor, quizá, en un verdadero hombre de los bosques. Roncos sonidos salían de su garganta y a través de sus dientes, que ostentaban la forma de dientes carnívoros y no parecían hechos sino para masticar carne cruda. La memoria debía haberle abandonado desde hacía tiempo sin duda, y haría ya mucho que no sabía hacer uso de sus herramientas y de sus armas. Véase que era ágil y fornido, pero que todas las cualidades físicas se habían desarrollado en él con detrimento de las morales²⁹.

Con bastante rapidez y ocasionales recaídas, Ayrton recobra sus facultades. Es una suerte de renacimiento después de la caída. Aparece en él un hombre redimido. La tarea de Robinson para con Viernes asume especiales alcances en *La isla misteriosa*. Ya no se trata de civilizar a un salvaje. Se trata de recuperar un hombre en quien la ambición ha torcido sus buenas aptitudes y a quien la cárcel de la isla Tabor ha convertido en fiera, pero, a la vez, lo pone en condiciones de desarrollar en el futuro sus buenas aptitudes.

La llegada de los piratas a la isla Lincoln retoma otro de los motivos de *Robinson Crusoe*. Es la defensa de los isleños contra las aceschanzas del mundo. Ya hemos visto cómo Robinson sale airoso y qué sentido asume en su caso esa lucha³⁰. En *La isla misteriosa* las fuerzas del mal están próximas al triunfo. La intervención del Capitán Nemo se identifica con los poderes justicieros del destino. Nemo es la providencia encarnada en un ser misterioso que dispone de poderes capaces de hacer frente victoriosamente a los malhechores.

²⁹ Ibidem, tomo II, p. 43.

³⁰ ADOLFO RUIZ DÍAZ, op. cit.

“Quizá los colonos no habían sido vistos, pero resultaba evidente que Bob Harvey había juzgado conveniente enviar algunos proyectiles a través del follaje sospechoso que aparecía sobre aquella porción de la elevada muralla. No tardó en redoblar sus descargas cuando otra bala, al hendir la cortina de hojas, dejó ver una abertura sobre el granito.

La situación de los colonos era desesperada: su guarida estaba descubierta y no podían oponer obstáculos serios a los proyectiles. Sólo les restaba refugiarse en el pasillo superior del Palacio de Granito y abandonar su morada a todas las devastaciones, cuando se oyó un sordo ruido seguido de gritos espantosos.

Ciro Smith y los suyos se precipitaron a una de las ventanas.

Irremisiblemente levantado por una especie de tromba líquida, el bergantín acababa de abrirse en dos, y en menos de diez segundos, se sumergía con su criminal tripulación”²¹.

El barco torpedero proporciona nuevos bienes a los héroes. Entre ellos, varias piezas de artillería que son convenientemente emplazadas y ensayadas. La colonia es ya una nación en miniatura. El poder militar lleva a su perfección el triunfo de la buena causa en la isla Lincoln. Quedan, sin embargo, algunos enemigos sobrevivientes. En un traidor ataque, Harbert es malherido y, nuevas pruebas de la protección de Nemo, una caja de sulfato de quinina llega a tiempo para salvarle la vida. El desenlace de estas luchas corresponde también al protector desconocido. Capítulo a capítulo erece la presencia del Capitán Nemo hasta adquirir dimensiones de protagonista. Verne no ahorra efectos de buen melodrama. Ayrton, que ha sido capturado por los piratas, aparece en la alquería, muy estropeado. No sabe explicar cómo se encuentra allí. En la playa, a la luz de la luna, hay cinco cadáveres. Unas balas eléctricas del Capitán Nemo, que ningún lector de *Veinte mil leguas de viaje submarino* ha olvidado, han sido las ejecutoras de la justicia implacable.

“Sobre ellos no se encontraba herida alguna, y sólo después de un minucioso examen, Peneroff percibió en la frente de uno, en el pecho de otro, en la espalda de éste y en el hombro de aquél, un puntito rojo,

²¹ JULIO VERNE, *La isla misteriosa*, tomo II, p. 125.

especie de contusión apenas visible, cuyo origen no era posible reconocer”³².

Sólo falta encontrar el refugio del protector. Gracias a una misteriosa llamada telegráfica, los colonos llegan frente a Nemo, moribundo. El *Nautilus* ha encontrado abrigo en una caverna donde el mar forma un pequeño lago. La visión del barco revela a Smith la identidad del protector.

“Un amplio salón, especie de museo en el que figuraban junto con todos los tesoros de la naturaleza mineral, obras de arte y maravillas de la industria, apareció ante los ojos de los colonos, que debieron creerse mágicamente transportados al mundo de los sueños.

Tendido sobre un rico diván, vieron a un hombre, que pareció no percatarse de su presencia.

Ciro Smith levantó entonces la voz y, ante el asombro de sus compañeros, pronunció estas palabras:

—Capitán Nemo, ¿nos ha llamado? Henos aquí”³³.

El coloquio con el Capitán Nemo moribundo ofrece una de las claves explícitas más seguras de la novela. Nemo, un príncipe indio que ha querido luchar contra la dominación inglesa, ha puesto sus riquezas, su valentía y su talento al servicio de los oprimidos. Combate los imperialismos en la figura odiada del omnipotente pabellón británico. Esta defensa del débil lo aproxima a los colonos de la isla Lincoln, hombres que combaten por la abolición de la esclavitud. Dos ideales que confluyen. El segundo —Norte contra Sur, la guerra de Secesión— ha dado abundante materia a Verne. Sus simpatías son claras. Para él los americanos del Norte encarnan un tipo de hombre enérgico, emprendedor, audaz, que pone su destino a las conquistas técnicas del progreso. Son los hombres de *De la Tierra a la Luna*, los Barbycane, los Nichol, los Maston. No se le ocultan pasajeras tosquedades y sabe reírse de sus exageraciones de advenedizos. Pero en ellos está el porvenir. Son, cree Ver-

³² Ibidem, tomo II, p. 193.

³³ Ibidem, tomo II, p. 216.

ne, los elegidos del Progreso³⁴. En este momento de *La isla misteriosa* asistimos a una toma de posición frente al futuro. Coincidencia en que el avance ha de ponerse al servicio de la redención total del hombre. Pero Nemo ha manejado las conquistas de la civilización occidental — con abrumadora preponderancia de las técnicas científicas— al servicio del pasado. Esta contradicción lo condena al fracaso. Al erigirse en vengador se pone al margen de la corriente fecunda de la historia. El veredicto es su muerte, solitaria, fuera de la ley, en una isla remota. Es un héroe, pero una suerte de defensor de dioses caídos. Su justificación habrá que buscarla en su conducta para con los náufragos del aire en la isla Lincoln. Ellos son los verdaderos soldados del futuro. Creyendo luchar por la buena causa, Nemo ha actuado por odio, por resentimiento de vencido.

“Ese artista, ese sabio, ese hombre había permanecido siendo indio en el corazón, indio en el deseo de venganza, indio en la esperanza que alimentaba de poder reivindicar algún día los derechos de su país, de devolverle su independencia, de expulsar al extranjero”³⁵.

El fracaso de la rebelión de los cipayos lo lleva a construir el *Nautilus*. Desde el mar y explotando sus tesoros prosigue su obra. Solo, con sesenta años, advierte la llegada a la isla de nuestros amigos.

“Mediante la escafandra le resultaba fácil llegar hasta el fondo del pozo interior del Palacio de Granito, y, elevándose por las salientes de las rocas hasta su orificio superior, oía a los colonos referir su pasado y estudiar el presente y el porvenir. A través de sus palabras conoció el

³⁴ Las simpatías o animadversiones de Verne respecto de las diferentes nacionalidades está influida, mucho más de lo que comunmente se cree, por la situación de Francia en la política internacional en la larga vida del novelista. Otro tema que merece un estudio detenido. En cuanto a los americanos del Norte sólo le parecen los hombres del futuro sino que en su fantasía anticipatoria aparecida por primera vez en inglés, en febrero de 1889, en la revista norteamericana *The Form, Au XXIXe Siècle*, subtitulada *La jornada de un periodista americano en 2889*, los Estados Unidos de Norteamérica desempeñan un papel dominante en el mundo y, nótese, a través de Francis Bennett, un jerarca de los medios publicitarios. En ese lejano mañana, Inglaterra ha pasado a ser una colonia más o menos autónoma de los E.E. U.U. Para estas relaciones de amplia política y literatura, ver JEAN CHESNEAUX, *Une lecture politique de Jules Verne*, Paris, Maspéro, 1971.

³⁵ JULIO VERNE, *La isla misteriosa*, tomo II, p. 219.

inmenso esfuerzo de América contra la misma América para abolir la esclavitud. ¡Sí, esos hombres eran dignos de reconciliar al Capitán Nemo con la parte de la humanidad que representaban tan honestamente en la isla!"³⁶.

La solidaridad de los colonos, su bondad, su constancia, su inteligencia, han operado la regeneración de Ayrton. Y también han rescatado al Capitán Nemo de su soberbia rencorosa. La ejemplaridad de *La isla misteriosa* rebasa así los alcances de los anteriores Robinsones. Es una lección de las fuerzas humanizadoras de la ciencia puestas al ideal del trabajo. Nemo no ha podido sustraerse a los remordimientos. Recordemos sus evasiones en la música de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Ahora, al borde de la muerte, formula su pregunta final a los cinco americanos que lo asisten.

“—¿Qué piensan de mí, señores?

Ciro Smith tendió la mano al capitán y con voz grave respondió:

—Capitán, su falta consiste en haber creído que se podía resucitar el pasado y ha luchado contra el progreso necesario. Fue uno de esos errores admirados por unos y condenados por otros, de los cuales sólo Dios es el juez y que la razón humana debe absolver. El que se equivoca con una intención que cree buena, puede ser combatido pero no despreciado. Su error no excluye la admiración y su nombre no tiene por qué temer el juicio de la historia. Esta aplaude las locuras heroicas al mismo tiempo que condena sus resultados”³⁷.

Este juicio es anticipado por el más joven del grupo. Harbert se aproxima al capitán, dobla las rodillas y le besa la mano. Una lágrima ha sido el signo de que Ayrton recobre su dignidad humana. Lo mismo ocurre con el Capitán Nemo. Verne sigue siendo un romántico y maneja bien los recursos de sus padres. *Una lágrima brotó de los ojos del moribundo. —¡Hijo mío — dijo— bendito seas!... 38*.

³⁶ Ibidem, tomo II, p. 222.

³⁷ Ibidem, tomo II, p. 223.

³⁸ Ibidem, tomo II, p. 224.

Queda por examinar el último rasgo del motivo. El rescate se produce en *Robinson Crusoe* y en *El Robinson suizo* por la llegada de un barco. Ambas cosas son movidas por el azar. Verne, en cambio, aprovecha la trama de *Los hijos del Capitán Grant*. Lord Glenarvan ha prometido volver en busca de Ayrton, desterrado en la isla Tabor. El Capitán Nemo se ha encargado de dejar un mensaje para que el yate del noble inglés se dirija a la isla Lincoln. Pero no basta. El rescate se realiza en el climax de la novela. Hay que buscar un desenlace grandioso, digno de la catadura mitológica del Capitán Nemo. Verne lo encuentra en una erupción volcánica. El grupo queda reducido a su desamparo inicial. Sólo una roca emerge de la isla sumergida. Hasta el orangután Jup perece. Nada de lo encontrado, nada de lo realizado en tres años de esfuerzo resiste al ímpetu del fuego y la lava. El barco construido para el viaje de retorno se ha hecho pedazos.

“Aquel día (18 de marzo), ya no les quedaban alimentos sino para pocas horas, por más que hasta ese momento se hubieran limitado a comer lo estrictamente necesario. Toda su ciencia y toda su inteligencia se estrellaban ante aquella situación desesperada. La sola intervención de Dios podía salvarlos”³⁹.

Dios no los abandona. El yate *Duncan*, comandado ahora por Robert Grant, llega la mañana del 24 de marzo. Para completar la regeneración de Ayrton y prolongar la tutela del Capitán Nemo, se ha salvado un cofre de riquezas. Con este regalo, Ciro Smith, Gedeón Spilett, Pencroff, Harbert y Nab adquieren un vasto dominio en Iowa e instalan una réplica de la isla Lincoln.

“En ella se encontraba un arroyo que fue denominado Mercy, una montaña que tomó el nombre de Franklin, un pequeño lago que se llamó Grant y bosques que denominaron del Lejano Oeste. Era algo así como una isla en tierra firme”⁴⁰.

³⁹ Ibidem, tomo II, p. 250.

⁴⁰ Ibidem, tomo II, p. 252.

Gedeón Spilett funda un periódico, *Heraldo de Nueva Lincoln*, el mejor informado del mundo. La colonia prospera. Allí los visitan Lord y Lady Glenarvan, el capitán Juan Mangle y su mujer, la hija del capitán Grant, Robert Grant, el flemático mayor Mac Nabbs. Las tres novelas se unen. La historia de la búsqueda del Capitán Grant a lo largo del paralelo 37, el viaje submarino de veinte leguas, la aventura de la isla misteriosa. Verne cierra el ciclo con un párrafo elocuente, que ninguno de sus lectores recorrió sin emocionarse:

“¡Allí, finalmente, todos vivieron dichosos, unidos en el presente como lo estuvieron en el pasado, sin que jamás olvidaran la isla a la cual llegaron pobres y desnudos, la isla que durante cuatro años satisfizo sus necesidades y de la que sólo quedaba una porción de granito azotado por las olas del Pacífico, tumba del que fuera Capitán Nemo!”⁴¹.

⁴¹ Ibidem, id.